



© Mariano Martín Rodríguez

# El país de los garamantes de Antonio de Guevara como mundo secundario entre la utopía y la fantasía épica

MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ  
*Investigador independiente*

Ninguna gran especie literaria surge entera de la nada. Por eso siempre es factible buscarle precursores y encontrarlos. Si la ciencia ficción tiene un precursor reconocido en el la mentirosa historia verdadera de un viaje a la Luna contado por Luciano de Samósata (125-181) y, más cerca de nosotros, en los numerosos viajes imaginarios a territorios más o menos utópicos, la fantasía épica también tiene precursores en la Antigüedad grecorromana, y en particular en todas aquellas civilizaciones extrañas que habrían existido o existirían aún en los márgenes de la ecúmene o mundo

positivamente conocido, tales como Tule, Hiperbórea o aquellos reinos tan extraños de las amazonas, gobernados por las mujeres. Todas estas civilizaciones míticas o legendarias eran, a diferencia de la historia verdadera de Luciano, invenciones tradicionales y colectivas.

La única subcreación artística en un sentido cercano al concepto moderno popularizado por J. R. R. Tolkien (1892-1973) podría ser la Atlántida de Platón (*circa* 427-347 a. C.). Sin embargo, este imperio inexistente descrito por aquel filósofo ateniense siguió siendo durante siglos un ejemplo aislado, inoperativo.

Su aportación fundamental a la literatura —que era sobre todo el recurso al naciente método histórico y del discurso retórico correspondiente, el de la historiografía, a fin de dotar de consistencia racional y verosimilitud a una civilización imaginaria, a una invención autoral de carácter ficticio y artístico— permaneció ignorada como tal durante siglos, prácticamente hasta que Eduard Mörike (1804-1875) y Ludwig Amandus Bauer (1803-1846) concibieron en el verano de 1825 la isla de Orplid, que habría existido en un pasado remoto antes de ser destruida por sus propios dioses.

Esta invención pionera es el producto de la imitación con fines ficcionales de las «reconstructions (including mediated texts) of linguists, historians, anthropologists, and archaeologists» [reconstrucciones (incluidos textos mediados) de lingüistas, historiadores, antropólogos y arqueólogos] (Williamson, 2015: 29-30) de civilizaciones y culturas desconocidas que las ciencias humanas modernas estaban revelando al público culto occidental de manera sistemática y rigurosa, y cuyos métodos y discursos fundan el procedimiento de subcreación propio de la fantasía épica y la convierten en una rama de la ficción especulativa, en una suerte de *ciencia ficción de las ciencias humanas*, según argumentamos en otro sitio (Martín Rodríguez, 2024). Este procedimiento de subcreación lo pudo haber practicado también, y mucho antes de aquellos amigos escritores alemanes, el escritor castellano Antonio de Guevara (*circa* 1481-1545), sin duda conocedor de la obra

platónica como debía cualquier humanista que se preciase en su tiempo. No obstante, su punto de partida no fue la Atlántida, sino otra manifestación griega de historia (parcialmente) imaginaria que fue durante más de un milenio mucho más conocida e influyente que aquella leyenda platónica: la vida fabulosa de Alejandro Magno<sup>1</sup>.

Alejandro III de Macedonia, conquistador del imperio persa aqueménida, es una figura indudablemente histórica, pero sus gestas efectivamente realizadas no debieron de bastar para tal héroe y, siglos después de su muerte, en el III de nuestra era, un griego anónimo, generalmente conocido por el apelativo de Pseudo-Calístenes, escribió una nueva vida de aquel monarca basada tanto en la historia como en la fantasía. Esta última se explaya ahí sobre todo mediante la narración de los supuestos viajes del joven héroe por regiones que, si bien pudieron inspirarse en lugares reales, trazaban más bien una geografía fabulosa, como el país donde imperaba una oscuridad perpetua. Sus conquistas también lo habrían llevado a encontrarse con poblaciones no menos fabulosas, como un reino de amazonas que se le habría sometido. Pese a lo increíble de todas estas hazañas, el libro del Pseudo-Calístenes se ofrece como una biografía, sin que falten por ello pasajes de forma más bien novelesca, diálogos privados incluidos. No sabemos si alguien dio crédito a lo narrado en ella, pero es indudable que su fama fue mayor que la de ninguna otra obra griega antigua, pues se tradujo a numerosos idiomas y dio pie a versiones libres y reescrituras, en prosa y

<sup>1</sup> A partir del siglo XIX se ha producido una curiosa inversión de la fortuna literaria de ambas materias. Mientras que la Atlántida ha sido objeto de numerosos tratamientos literarios en la edad contemporánea, las representaciones literarias de Alejandro Magno y sus hazañas en este período han solido basarse en los historiadores serios y rara vez han seguido al Pseudo-Calístenes a la hora de imaginar aventuras suyas en mundos que se puedan considerar secundarios. Una excepción digna de recuerdo es el cuento «Un'avventura di Alessandro Magno e de' suoi» [Una aventura de Alejandro Magno y los suyos] (*Ecce homo* [Ecce homo], 1908) de Arturo Graf (1848-1913).

verso, en la mayoría de las lenguas de cultura del milenio posterior. Eso ocurrió tanto en Europa, con poemas narrativos medievales derivados de la vida fabulosa del rey Alejandro conservados tanto en latín como en las lenguas vulgares románicas, germánicas y eslavas, como en el Próximo Oriente islámico, especialmente en las regiones de lengua persa. Se trata en su mayor parte de recreaciones expandidas de aquella materia, pero hubo en España una excepción que conviene recordar.

La filología fue una de las grandes disciplinas del Renacimiento humanista europeo, cuyos estudiosos se dedicaron a buscar, encontrar y editar seriamente manuscritos de obras de la Antigüedad, a las que intentaron aplicar un riguroso sentido crítico, al menos desde el punto de vista textual. Los descubrimientos efectuados no tardaron en emularse en la ficción. El ejemplo más famoso de ello es el manuscrito de una vida del emperador romano Marco Aurelio que habría descubierto, según sus propias afirmaciones, Antonio de Guevara. Este lo habría traducido a su lengua castellana con el título de *Libro áureo de Marco Aurelio* (1528), aunque la versión modificada y definitiva de ese libro se llamaría *Relox de príncipes* (1529). La estrategia del autor no engañó a nadie, pero eso no impidió que la obra, en una u otra de sus dos versiones, se convirtiera en un éxito en toda Europa, como indican las traducciones completas o parciales y las adaptaciones que se hicieron en numerosas lenguas literarias del continente, empezando por el latín (Olmedilla Herrero, 1998). Más que el atractivo de la ficción propiamente dicha, que reviste un carácter secundario en la obra, debió de facilitar esa amplia aceptación el gran número de discursos sobre diferentes asuntos de interés político que abundan en ella, como

era natural tratándose, al fin y al cabo, de una especie de *espejo de príncipes* en torno a la figura idealizada del emperador filósofo protagonista. El más famoso de ellos es seguramente el alegato contra el imperialismo pronunciado por el villano del Danubio, pero hay otro similar en tono y propósito que nos interesa por enmarcarse de manera original en la materia de Alejandro. En los capítulos XXXII y XXXIII de la primera parte de *Relox de príncipes*, Guevara introdujo una digresión en forma de episodio que se puede leer como obra autónoma, consistente en una nueva aventura del Magno en los confines de la India.

En una región montañosa, el rey macedonio habría atravesado el territorio de los garamantes. La descripción que hace de ellos Guevara insiste en su igualdad completa, pues «todos los hombres andavan de una manera vestidos, no tenían más eredades unos que otros» (1994: 262), a lo que se añadía su frugalidad hasta en el expresarse, pues «havlavan pocas palabras y las que hablavan eran muy verdaderas» (262). Por su pacifismo radical, no habían tomado las armas para defenderse de las huestes de Alejandro, sino que se habían limitado a recibirlo sin salir de sus casas ni dirigir palabra a nadie del ejército invasor. Todas estas características configuran una sociedad muy distinta no solo a las que el rey macedón podría haber encontrado en su tiempo, sino también a cualquiera de las conocidas en la época de Guevara, cuya fantasía subcreadora se reafirma tras el largo discurso del anciano garamante que le explica finalmente al conquistador por qué no se han opuesto a él. Celosos de su existencia sencilla, su filosofía de vida se basa en un estoicismo moral que, en lo político, se funda en un concepto de autonomía y aislamiento de cada civilización frente a otras como condición

del mantenimiento de la paz<sup>2</sup>, mientras que en el interior impera una legislación draconiana para mantener incólume su ordenamiento social y político. Las últimas palabras del embajador constituyen, de hecho, la relación de las seis leyes que rigen a los garamantes. De esta manera, el discurso prescriptivo adoptado por Guevara sirve para comunicar de forma original sus valores, creencias y costumbres. Entre otras cosas, así se entera el monarca macedón de que los garamantes tienen un dios para la vida y otro para la muerte, que las mujeres han de asistir al sacrificio de sus hijos a partir del cuarto, que la mentira se castiga con pena capital y que se sacrifica a los varones al cumplir los cincuenta años de edad y a las mujeres cuando cumplen los cuarenta, «porque gran ocasión es a los hombres para ser viciosos pensar que han de vivir muchos años» (273).

Aparte de la posible intención del autor de ofrecer un modelo de ficción utópica, pocos años después de la publicación en 1516 de la propia *Utopia* [*Utopía*] de Thomas Morus (Thomas More, 1478-1535), o al contrario de ironizar a costa del fanatismo de la virtud totalitaria que indican tales leyes, los garamantes aparecen como una civilización inventada singular completa y voluntariamente aislada del resto del mundo. El episodio de Alejandro Magno solo altera ese aislamiento fugazmente, ya que el conquistador renuncia a incorporar a los garamantes a su imperio, quién sabe si impresionado o más bien asqueado a la vista de los rigores morales y penales de aquellos. De esta manera, la ficción que protagonizan enriquece la materia legendaria alejandrina

con un mundo secundario del todo inventado. Guevara incluso recurrió al procedimiento fundamental de convencer a los lectores de la realidad de aquel mundo mediante la autoridad del método histórico y filológico, ya que atribuyó «el original desta historia» (262) a un libro titulado *De antiquitatibus grecorum*, tan inexistente como su supuesto autor, Lucio Bosco. Poco después, la frase que reza «cuentan destes garamantes los historiadores» (262) introduce la descripción de sus costumbres y sugiere que todo lo demás está igualmente documentado. Sin embargo, no se trata de una falsificación histórica como otras muchas que se perpetraron en su época (Caro Baroja, 1991), pues tanto el autor como sus lectores humanistas sabrían que los garamantes eran un pueblo que había existido en Libia. Su transferencia a las montañas de la India es un guiño a los lectores y un indicio voluntario de que se trata en realidad de una civilización imaginaria subcreada de un modo análogo al común en la futura fantasía épica.

Pese a la fama europea de esta obra de Guevara, el potencial genérico original de su leyenda de los garamantes ha permanecido ignoto, tanto en lo relativo a ese carácter de mundo secundario de la sociedad presentada como a su empleo original del discurso prescriptivo para dar idea del tenor de esa sociedad ficticia. Con todo, no es raro que se la mencione como ejemplo pionero de la literatura utópica en España e incluso en Italia (por la traducción de este pasaje y del libro por Mambrino Roseo en 1543), ya que los garamantes presentan características

<sup>2</sup> «La sabiduría de un pueblo no se condiciona por su origen ni grado de civilización, sino por su modo de vida. Más se acerca a la existencia paradisiaca el que mejor sabe ocupar lo suyo sin ambicionar lo de los demás, en un contentamiento que podría calificarse de estoico. [...] La paz utópica se resuelve en el planteamiento estoico: Alejandro, futuro modelo de los emperadores romanos, se configura como una de las grandes aberraciones de la humanidad en insatisfacción de poder y desviación de lo natural: salirse de lo que por herencia le correspondía para acaparar (tiranizar) la posesión de los demás» (Rallo, 1979: 133).

fundamentales coincidentes con las de los habitantes de la isla moriana: insularismo (en el sentido de aislamiento), autarquía, uniformidad social, dirigismo absoluto, colectivismo y deísmo (Ornelas Berriel, 2005). Sin embargo, existe una diferencia fundamental entre los utópicos y los garamantes. Si bien ambas civilizaciones las descubren europeos con ocasión de una expedición, la isla de Utopía existe en el presente de la escritura, como es la norma en el género del viaje imaginario desde Luciano de Samósata, mientras que el mundo de los garamantes es uno pretérito. Guevara se refiere a ellos siempre como una realidad meramente histórica. No se da a entender en ningún momento que los garamantes hubieran pervivido hasta su época en la India ni en ningún otro sitio, de modo que su mundo es algo cerrado no solo en el espacio, sino también en el tiempo, al igual que lo sería Orplid y los demás mundos secundarios autónomos de la alta fantasía (*high fantasy*) moderna. El de los garamantes no lo es por completo debido a la intrusión pasajera de Alejandro Magno, pero por todo lo demás Guevara merece considerarse no solo uno de los primeros cultivadores de la ficción utópica, sino también un verdadero precursor de las subcreaciones épico-fantásticas contemporáneas.

## Obras citadas

- CARO BAROJA, Julio (1991). *Las falsificaciones de la Historia*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- GUEVARA, Fr. Antonio de (1994). *Relox de príncipes*, Emilio Blanco (ed.). Madrid: ABL – Conferencia de Ministros Provinciales de España.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Mariano (2024). «High Fantasy IS Science Fiction», *Sci Phi Journal*, 2: 22-30, <https://www.sciphijournal.org/index.php/2024/06/21/high-fantasy-is-science-fiction/>
- OLMEDILLA HERRERO, Carmen (1998). «Las traducciones latinas del *Libro áureo* y el *Relox de príncipes* de Antonio de Guevara», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 15: 549-559, <https://core.ac.uk/download/pdf/38830067.pdf>
- ORNELAS BERRIEL, Carlos Eduardo (2005). «O *Elogio dos Garamantes* de Mambrino Roseo», *E-topia: Revista Electrónica de Estudos sobre a Utopia*, 3, <https://ojs.letras.up.pt/index.php/eto/article/view/12105/11002>
- RALLO, Asunción (1979). «El pueblo de los garamantes, símbolo de la pacifidad», *Antonio Guevara en su contexto renacentista*. Madrid: Cupsa, 130-133.
- WILLIAMSON, Jamie (2019). *The Evolution of Modern Fantasy: From Antiquarianism to the Ballantine Adult Fantasy Series*. Hampshire: Palgrave Macmillan.